

I.

La enemiga.

Entonces fué cuando Esther, en una noche de fiebre y delirio, sintió dar tres golpes en la puerta de su alcoba, en el célebre gabinete de su hotel. Nunca cerraba su puerta, pues decía que, estando allí Rosa, no tenía necesidad de llaves ni cerrojos. Cuando sintió dar los tres golpes, llamó á Rosa, pero Rosa no acudió. Pensó entonces que sería su hermana ó alguna amiga.

—Adelante,—murmuró incorporándose.

Era una enemiga.

Se abrió la puerta, y vió adelantarse hacia ella una mujer blanca completamente, ni joven ni vieja, cuyo rostro no expresaba ni el amor ni el odio, pero bella por su majestuosa blancura.

—V. no me conoce, señora,—dijo con voz firme.

—No, señora. ¿Qué quiere V.?

—Vengo para dar á V. un primer aviso.

—No comprendo. ¿Quién es V.?

—¡Soy la enemiga invisible que hiere en la sombra!

Esther lanzó un grito.

—¡Oh! No tema V. por el momento. Pero vengo para advertir á V. que aquí, en este mundo, la existencia de los vencedores es breve. ¡La ciega á V. el orgullo! Piensa V. que nada la detendrá en sus conquistas; pero yo odio todo lo que se eleva. Recuerde V.; Alejandro, César, Napoleón. Acuérdesse V. de la Champmerle, Adriana Lecœur y la Malibran. ¡Lo mismo ellos que ellas, ninguno ha llegado á la vejez!

La desconocida extendió su mano sobre el lecho de Esther.

—¡No me toque! ¡No me toque! Me causa V. horror.

—Y, sin embargo, me encontrará V. tan amorosa como una madre cuando la lleve en mis brazos.

—¡Yo no la conozco á V.!

Entonces la desconocida se despojó de su blanco traje. Esther reconoció á la muerte. Ocultó la cabeza en la almohada, y empezó á gritar con todas sus fuerzas.

Rosa acudió.

—He visto á la muerte (le dijo Esther): ¡sí! ¡la muerte, que me ha tocado con sus heladas manos! Ha partido; pero volverá.

¡Cuántas veces se le apareció aquel pálido rostro en sus noches de insomnio!

Esther refirió esta aparición á sus amigos, repitiendo los versos de Malherbe:

«Y la guardia que vela en las barreras del Louvre....»

Á propósito de la blanca aparición, refirió Esther que, siendo muy joven, al pasar por los Alpes con su madre y sus hermanas, se había arrojado sobre la nieve, revolcándose en ella como una fierecilla.

—¿Y por qué?—le preguntaron.

—Por amor á la blancura. ¡Hubiera querido convertirme en estatua de nieve!